

CB. 1029954

BC RM F/92

~~RM~~
~~F-38~~

RM
F-22

CONFERENCIAS ORGANIZADAS PARA
EL CURSO DE 1915-16 POR LAS FACUL-
TADES UNIVERSITARIAS Y EL ATENEO

DON QUIJOTE

EN LOS ESTUDIOS DE SALAMANCA

POR

LUIS MALDONADO



SALAMANCA - IMP. Y LIB. DE FRANCISCO NÚÑEZ

1915



e-32

860 (Cervantes, M. 7 Q, 06)

DON QUIJOTE
EN LOS ESTUDIOS DE SALAMANCA

BOOK OF THE

RECORD OF THE

CONFERENCIAS ORGANIZADAS PARA
EL CURSO DE 1915-16 POR LAS FACUL-
TADES UNIVERSITARIAS Y EL ATENEO

DON QUIJOTE

EN LOS ESTUDIOS DE SALAMANCA

POR

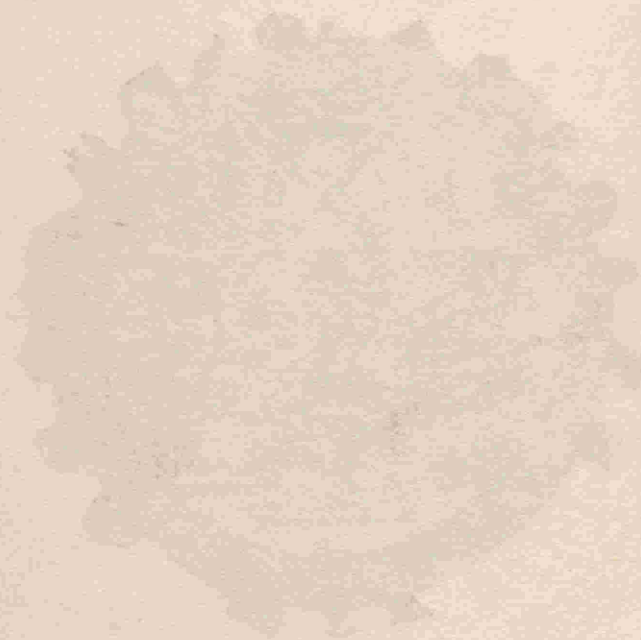
LUIS MALDONADO



SALAMANCA - IMP. Y LIB. DE FRANCISCO NÚÑEZ

1915

"Rodríguez Marín"



DON QUIJOTE

EN LOS ESTUDIOS DE SALAMANCA

DON QUIJOTE

EN LOS ESTUDIOS DE SALAMANCA

REBUSCANDO un día, por ferias de Septiembre, en los puestos de libros, di, entre otros menos curiosos, con un legajo amarillento, envuelto en viejos pergaminos, cuyo rótulo, traducido por un arabista amigo, decía poco más ó menos:

«De cómo el gran caballero de la Mancha hizo su entrada en la inmortal ciudad de Salamanca, y del agasajo que recibió en los estudios y demás hechos memorables de esta famosa visita».

Llenóme el ojo tan succulento epígrafe y, ni corto ni perezoso, concerté con el suso-

dicho arabista la traducción; y él que á tanto por línea, y yo que á tanto por pliego, llegamos á concordia en un tanto cuanto por párrafo, y he aquí la versión que, si valen juramentos de moriscos, me juró ser del todo fiel y exacta.

«Digo yo Cide Hamete que, después de las andancias y aventuras relatadas en los capítulos anteriores, D. Quijote, seguido de su buen escudero Sancho, se encaminó por el más corto camino, que era la orilla derecha del Tormes, á Salamanca. Era razón de tal apresuramiento el platicar sobre ciertas dudas filosóficas con el sabio maestro Ciruela, y, más que todo, el ardiente deseo de desautorizar unos comentarios de su vida que andaban muy en boga en las escuelas, el de pisar aquellos claustros y aquellas aulas de donde el saber fluye á raudales y el ansia de departir con docen-

tes y discentes, gozando de cerca los sabrosos frutos de tanto peregrino ingenio.

Él había ya mandado embajada por delante, valiéndose de un mercader en sedas, que posó con él dos noches antes en Peñaranda, con lo cual los estudiantes, que conocíanle ya de fama, andaban alborozados, urdiendo tretas y bromas para hacer más sonado y chocante el recibimiento.

Cerca ya de la ciudad, y en el sitio que llaman de La Flecha, que es ameno retiro y granja de la Orden de San Agustín, con unas aceñas de varaseto, rodeadas de sauces y alamedas, D. Quijote dijo á su escudero:

—Amigo Sancho, tú que tienes menos cansada la vista y no precisas de los espejos de Arión, echa en torno tuyo una mirada y hallarás el famoso manantial y pura fontana cantados en horaciana silva por el P. Maestro Fray Luis de León.

—No veo tal Merenciana, ni tal hontana, ni tal silva, ni tal fraile, sino unos juncuales bravíos que crecen en terreno pantanoso, donde se atolla mi rucio.

—Y la cumbre airosa, ¿tampoco la divisas?

—Cumbre sí, veloila; pero de si es ó no airosa, nada digo, porque aquí abajo no se mueve ni una brizna.

—Obra será de encantadores el que tú no veas con los ojos del cuerpo, que ha de comer la tierra, lo que yo estoy viendo con los del alma. Y, antes de entrar en la Atenas española, bueno será que refrigeremos nuestros cansados miembros con abluciones de este manantial de sana poesía.

—Agua veo; pero no manantio, aunque no será emposible que nazga en aquel mo-jantial.

—¡Oh buen Sancho! pásate lo que á todos los rústicos y personas vulgares y mal nacidas que ven los efetos y no las causas que les dan origen, y así miras aquí abajo el agua y no coliges que de arriba ha de venir, cayendo por su peso, y que, si aquí se extiende y esponja por la húmida tierra, arriba se contendrá en un estrecho conducto.

—Acabáramos. Si tal es la hontana, allá lejos, á media ladera, destingo yo el cañuto que dice vuestra merced.

—Pues encamíname á él.

Lo hizo así Sancho y llegaron á una extensa plazoleta, oculta entre yedras y zarzales y tan solitaria y llena de plantas florecidas, que, al penetrar en ella, exclamó don Quijote con sentido acento:

—¡Oh lugar delicioso! ¡Oh huerto sellado, recóndita alcancía de la rústica belleza, virgiliano y poético retiro! ¡No seré yo quien huelle con mis plantas el aterciopelado césped de tus carriles y senderos, por donde un tiempo discurría serenamente el gran agustiniano!

Y arrodillándose á la entrada, dijo á Sancho, que trataba de hacer lo mismo:

—Ve, tú, Sancho, á la fuente y llena este yelmo—y, entregándole el de Mambrino, que llevaba puesto, añadió:—En él beberemos, como si fuese el Santo Grial de Monsalvato.

—Si vuestra merced no puede pisar es-

tas yerbas, siendo tan gran caballero, ¿cómo podrá hollarlas un villano harto de ajos, un jayán sin honor ni cosa que lo valga?—dijo Sancho que, aunque cristiano viejo, es fama que tuvo sus puntos y ribetes de zumbón.

—¡Ay Sancho, Sancho! tú eres ingenioso; pero no tanto, que te percales de que cuando tú vas, yo vuelvo. ¿No has visto más de una vez, cuando hay obra en algún templo ó santuario, cómo penetran, sin réplica de nadie, en lo más sagrado de él los asnos cargados de cal y de ladrillo? Pues salvando la diferencia de asno á villano, que no es mucha cosa, ¿qué reparo ha de haber en que tú vayas y vuelvas de rodillas para servirme el agua?

—¿De rodillas ha de ser?

—De rodillas ó de pies y aun calzado—contestó D. Quijote algo alterado—sea como quieras; que para tales menesteres que, como te he dicho, se encomiendan á los asnos en lugar sagrado, no se les manda dejar las herraduras á la puerta.

—No ya de rodillas, á gatas, como me

parió mi madre he de ir—dijo Sancho dolido del enfado de su amo.

Y, diciendo y haciendo, fué, lavó y recogió en el yelmo el líquido cristal y se lo sirvió reverentemente al caballero.

Este, con ademán solemne, elevó al cielo el colmado vaso, bebió levemente por uno de sus bordes, y volviéndolo á elevar, vertiólo pausadamente sobre el propio colodrillo, á tiempo que decía:

—¡Oh licor sagrado de la poesía, espíritu sereno de los campos, alma excelsa del gran maestro salamanqués, divino Dionisio, sustancia y jugo de la madre tierra! Refresca y vigoriza mi voluntad para nuevas empresas que sean asombro de las edades venideras.

—Amén. Y vamos pronto á nuestras cabalgaduras—dijo Sancho—que allí columbro gente alegre y bullanguera que puede espantarlas.

Y así era la verdad, que ya Rocinante erizaba las orejas. La tal gente era una turba estudiantil vestida al uso de las naciones

en que está dividida la Escuela: los murcianos, con montera y zaragüelles, llevaban una col á guisa de bandera; los extremeños, una longaniza, y así los demás, según el uso y costumbre de cada nación. Uno de ellos, que revelaba ingenio pronto y zumbón, acercándose con muchos rendimientos á D. Quijote, que ya era jinete, le dijo:

—Mi señor D. Quijote, flor y espejo de toda la caballería andante, luz y guía de las presentes y venideras generaciones...

—No sigáis, no sigáis—interrumpió don Quijote un tanto envanecido.—Ante el alma mater de las Españas, cuyas cúpulas y chapiteles ya diviso en la lontananza, nadie es grande y yo soy humilde peregrino que viene á postrarse en vuestros umbrales.

—¡Salamanca y su escuela os saludan!—gritaron todos.

D. Quijote hizo zalema de agradecerlo, y luego, el que hacía de cabeza, destacándose y llevándole á una parte, le dijo en gran reserva:

— Señor, en medio del júbilo de vues-

tra llegada tenemos un gran dolor y sentimiento: sobre á quién corresponde la honra de hospedaros ha surgido gran contienda y han resucitado los bandos que ensangrentaron la ciudad por tantos años. Monroyes, Maldonados, Anayas, Varillas y Ramos del Manzano han apelado á las espadas, y la entrada de la ciudad, donde se os preparaba el acogimiento debido á vuestra alcurnia y heroicos hechos, es un campo de Agramante.

—¡Voto va!—dijo D. Quijote, apoyándose en los estribos y requiriendo le lanzón. ¡Voto va, y que por tan poca cosa han de reñir batalla estos salamanqueses y que han de ser los mismos de siempre. Id y decidles de parte del Caballero de la Triste Figura que allá voy, y que, si por razones, como aquel buen padre de Sahagún, no logro avenirles, tornaré al camino sin hacer estancia en ese humano avispero. Y cuanto á lo del hospedaje, no lo haré en los palacios de los próceres mentados, sino en alguna posada, que por malas que sean las de Sa-

lamanca (y no es esto afirmar que lo sean), no han de hacer buenas á las manchegas.

Partió rápido el emisario, y volviéndose al concurso, gritó D. Quijote con voz de trueno:

—¡En marcha!

Metiendo espuelas, hizo dar una carre-ruela al pesado Rocinante, el cual, apenas llegado al arenal del Angel, paróse en seco. Llevado á duras penas por Sancho del ronzal y cien veces malditos por el jinete los encantadores que detenían su carrera, llegó al fin á la entrada de la ciudad, descendiendo por el Rollo á la puerta de Toro.

El concurso, allí numerosísimo, gritaba con entusiasmo, disparando cohetes, tracas y arcabuzazos y la clave de las campanas, que se concertó para las bodas de Felipe II, elevaba, sobre el griterío humano, sus solemnes acordes. Todo era júbilo en la Roma chica, y de la pasada discordia, conocida la amenaza de D. Quijote, no había quedado el menor rastro, antes los partidarios de las distintas banderías rodearon y aclamaron

juntos al ilustre huésped, como si entre ellos no hubiera mediado tan airada contienda.

Así, agasajados desde los balcones, con flores, trigo y aleluyas, llegaron á la puerta principal de los Estudios Mayores donde, descabalgando á duras penas, penetró don Quijote, llevado en volandas de la grey estudiantil.

¡Al *aula magna*!, gritaba el concurso, y al *aula magna* fueron á parar y en ella entraron, precedidos de los pífanos y atabalillos, al mismo tiempo que campaneaba en las alturas el címbalo universitario.

Nuestro insigne manchego, demudado el rostro, temblando de pies y manos, confuso y anonadado, subió á la cátedra y, destocándose yelmo y casco, ofreció á la vista del auditorio aquella descarnada cabeza, aquella lánguida faz y lacios bigotes que le dieron nombre de Caballero de la Triste Figura.

No tardaron poco, rector, bedeles y alguaciles del silencio, en poner orden en

aquel concurso de gente zumbona, que no sólo en aquella ocasión, sino en otras más solemnes, ensordecía el ámbito con sus gritos.

Hízose al fin, á medias, el silencio y fué entonces cuando el rector, que era un garrido joven dieciocheno, abundante de palabras y sobrio de ademanes, dió al auditorio noticia y presentación del heroico hidalgo, quien fué acogido entre las más ruidosas aclamaciones.

Llegado el turno á D. Quijote, enmudeció el concurso de tal modo, que se oiría el volar de un mosquito.

—Nunca tembló mi ánimo—comenzó diciendo con voz apagada—en las mayores aventuras de la vida caballeresca, y ahora me sobrecoge el pavor de pies á cabeza; y es—continuó un tanto animado--que yo he luchado con gigantes y malandrines, con mesnadas y aun con ejércitos visibles é invisibles, reales y aparentes; yo he realizado las más grandes proezas de las armas; pero mi alma impertérrita, mi brazo de hierro y

mi espada invencible se rinden, anonadan y humillan ante esta excelsa institución, monumento prodigioso de las artes y las ciencias.

Un estentorio ¡victor! llenó el aula anchurosa, y D. Quijote, ya á plena y segura voz, continuó:

—Yo tiemblo ante vuestras mercedes, maestros y discípulos; que aunque sea cierta la hermandad entre las armas y las letras, siempre fueron éstas el hermano mayor, el primogénito, el que representa y vincula el solar y la raza, á quien los menores deben honor y pleitesía. Por eso yo os pido perdón, yo, el más humilde de los caballeros nacidos, yo os pido perdón de mi atrevimiento. Y hecha esta declaración, voy derecho, por no cansaros más, á deciros el motivo de mi visita y la razón de esta audacia caballeresca, la mayor de todas mis empresas y aventuras, de atreverme á venir ante vuestras mercedes y dirigiros la palabra.

Aun no hace dos años, caminando á la

ventura, tuve contienda singular con un vizcaíno que, ocultas, cautivas y no sé si encantadas, conducía á dos damas principales. Mi espada, después de mal herirle y derribarle, iba á sellar sus labios para siempre; pero las hermosas cautivas, implorando por él, me obligaron á perdonarle.

No le impuse otra condición ni concierto, ni exigí de su gratitud mayor prenda que la de ir al Toboso y presentarse de mi parte á la sin par Dulcinea para que ella ficiese de él lo que más fuere de su voluntad.

¿Y sabeis cómo ese vizcaíno ha correspondido á mis larguezas y magnanimidades? Pues escribiendo una falsa historia mía, que bien sé que corre con gran crédito en vuestras manos, y que él llama *Comento de mi vida*, en la cual lo menos que dice es que yo, el más sesudo de todos los caballeros andantes, estoy loco, si bien declara que él también lo está de remate.

Y aquí viene bien aquello de: cree el ladrón que todos son de su condición. Cree

el vizcaíno que todos estamos tan faltos de seso como él y, cuando pretende escribir la historia mía, escribe la suya que es, por cierto, una continuada cadena de las más disparatadas empresas; y, como es natural, la escribe en su jerga vizcaína, que no hay quien la entienda ni resista á learla de corrido, ni aun con descanso y por jornadas.

¡Ah vasco selvático, Sancho de Azpeitia endiablado! Apéate de la mula de tu gerigonza, cuya falsedad tú mismo lamentas y, si quieres ser cronista de caballeros andantes, lo primero que debes hacer es echar pie á tierra y seguir humildemente la huella luminosa de mis pasos y el surco profundo y sangriento de mis heroicas aventuras y escribir luego en castellano corriente y moliente, sin premáticas, hipérboles ni otro linaje de huera filosofías.

¡Y aquí está D. Quijote—gritó con voz estentórea—aquí está D. Quijote, aquí está D. Quijote! ¡tres veces lo digo y lo diría tres mil! para decir á vuesas mercedes y al mundo entero, que yo no tengo esas hon-

duras y recovecos de que habla el vizcaíno, que soy hombre liso, llano, sencillo y honesto como lo manda la orden de Caballería en que profeso, y que esos otros Quijotes del tordesillano y del vizcaíno, desmemoriados y locos, que nadan entre las dos aguas del genio y la demencia, no tienen conmigo más ligamen que la historia de Amadís con las coplas de Calafinos.

Yo, señores míos, soy el único Quijote: el del páramo y el de las verdes montañas y el de toda la raza española hasta las más remotas latitudes, y no admito ~~por~~ ni mellizo ni segundo.

Y tocante á lo que ese vizcaíno dice de Dulcinea: que si él la hubiera visto, se hubiera él enamorado perdidamente de ella, y aun ella de él, yo accedo á la primera afirmación, aun siendo irreverente, pero niego y reniego mil veces de la segunda, y...

En tal momento, destacándose sobre la amplia plataforma, apareció un hombre alto, recio, con grandes espejuelos de con-

cha sobre la corva nariz y vestido á lo gollilla.

—Mi señor D. Quijote—dijo con voz serena, una vez que cesó el bullicio de la gente—he aquí rendido á vuestras plantas al vizcaíno Sancho de Azpeitia...

—¡Ah! malandrín, follón y bellaco, ¿tú aquí? —rugió D. Quijote, echando mano á la espada y sin dejarle acabar—¿tú aquí?

Puso paz el rector á duras penas, logrando que D. Quijote se viniese á razones, y el vizcaíno siguió con igual tranquilidad.

—Aquí yo, sí, mi señor D. Quijote; aquí yo, que, después de lo pasado, he convertido mis rancores en afeto y en veneración al mayor caballero que vieron los siglos.

Cierto que escribí vuestra historia y que dije que vos y yo estamos tocados de igual locura; pero esta locura nuestra no quiere decir que fuera demencia de orate, sino llama y delirio de infinito amor á nuestra Dulcinea...

—¡Dulcinea! ¡Dulcinea! Mira bien lo que

dices, Sancho de Azpeitia, que ibas razonable, y vas desvariando y...

—No desvarío, señor. Tu Dulcinea y la mía y la de todos los caballeros del ideal que han sido en el mundo, es una misma y única persona: su frente toca á los cielos, sus pies huellan nubes de nácar, sus cabellos son rayos arrancados á Febo...

—No sigas, no sigas; esa es... ¿tú la viste?

—Yo la vide, y no ocupada en oficios vulgares, como te dijo tu sencillo escudero, sino ensartando gotas de rocío caídas de los collares de la aurora. Yo la vi y la amé como vos.

—¡Azpeitia, ten tu lengua!

—La amé como vos, y ella como á vos me amó... Aguardad, aguardad, señor—dijo el vizcaíno, viendo que D. Quijote se le venía encima—que antes de morir á vuestras manos sin defenderme, ya que por ser de ella soy vuestro, tengo que cumplir un encargo de ella recibido.

—Habla pronto y claro, que tus horas están contadas...

—Ella me dijo: ve, Sancho de Azpeitia, ve presto en busca de mi señor D. Quijote y dile que su Dulcinea no es ni zafia aldeana, ni altiva princesa, ni doncella encantada, ni otra cosa material tangible y deleznable, sino espíritu puro que escapa de las manos de los mortales, esencia vaporosa que cruza por los cielos, alma de las almas buenas y germen sutil de todos los grandes pensamientos de los hombres.

Dile que yo le asisto en sus aventuras y enciendo su valor en los combates y velo su sueño y ahuyento á sus enemigos; pero que nunca me verá, porque soy invisible; ni me tocará, porque soy impalpable; ni seré suya, porque soy la gozada de todos y de ninguno poseída.

—¿Eso dijo?

—Eso dijo, y dijo también: dale mis brazos con tus brazos y, tocados del mismo amor y de la misma locura, salid nuevamente, pues á vosotros y á todos los que con vosotros crean en mí y me amen pura

y honestamente, como tú y D. Quijote, está reservada la salvación del mundo.

Echóse D. Quijote en brazos del vizcaíno, y ambos á dos, llorosos y enternecidos, acordaron salir al día siguiente: uno hacia el brumoso Norte, y otro hacia el radiante Mediodía, resueltos y decididos á conquistar la tierra para su hermosa Dulcinea.

Con gran algazara festejó la turba escolar el gentil y por todos celebrado remate de la contienda entre D. Quijote y el vizcaíno. Destacóse, en esto, de entre lo espeso de la gente un grupo de estudiantones pardales, gente arriscada y de buen humor que, acercándose á nuestro Caballero, le subieron en hombros, saliendo con él en tropel del aula magna precedidos de otros tres que despejaban el camino. Dos de ellos llevaban ensartadas en unos varaes unas vejigas de vaca, de las que se suelen usar en carnestolendas, y otro alzaba, á guisa de pendón ó estandarte, un cartelón grande, en el cual se parecían, muy á lo vivo y propiamente pintadas, las veras efigies de don

Quijote y de Sancho con sendos rótulos, que decían: uno, «El Caballero de la Triste Figura», y otro, «Aqueste es Sancho Panza, su escudero». En la parte más alta del cartelón, y como coronándolo todo, se leía claramente el consabido lema latino, compuesto de dos palabras:

CHARITAS BONITAS

que los escolares voceaban socarronamente á la llana española según llevaban á don Quijote en volandas.

El barullo aumentaba, el griterío cundía y la confusión imperaba, arreciando al asomar á la calle, sin que desde este momento cesara un punto.

Obsequiaron á D. Quijote, en el camino de vuelta á su posada, con las mismas ceremonias y extremos que á su triunfal recibimiento, acreditados aun más, como ya cerraba la noche, con muchos y muy valiosos fuegos y luminarias; que aquella tarde memorable hasta las monjas de clausura pusieron tras las celosías sus candelillas.»

.....

De todo lo cual (añado yo de mi cuenta, para reparar imperdonable descuido de Benengeli, si no has, oh paciente auditorio, á enojo mi osadía), de todo lo cual—digo—apenas si curaba Sancho, el buen Sancho, que sentado cabe el brocal del pozo universitario, y en amorosa campaña con solas sus alforjas, despachaba una buena merienda.



ACABÓSE ESTA IMPRESIÓN
EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS DE F. NÚÑEZ
DE SALAMANCA
EL DÍA 31 DE DICIEMBRE
DE 1915

